2001

CELAR

SIN SABER Á QUIEN,

COMEDIA

EN TRES JORNADAS, ORIGINAL Y EN VERSO,

imitacion del teatro antiguo,

ESCRITA

POR D. CIPRIANO MARTINEZ.

ALBACETE.

12

IMPRENTA DE SEBASTIAN RUIZ,
Mayor, 47.
1865

CELAR

SIN SABER Á QUIEN,

COMEDIA

EN TRES JORNADAS, ORIGINAL Y EN VERSO,

imitacion del teatro antiguo.

ESCRITA

POR D. CIPRIANO MARTINEZ.

ALBACETE.

IMPRENTA DE SEBASTIAN RUIZ,
Mayor, 47.
1865

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/celarsinsaberqui3401mart

AL SEÑOR

D. JOSÉ ANDREO DE DAMPIERRE.

Si el nombre de una persona respetada, querida y entusiasta por nuestra literatura, puede llegar á cubrir los desaciertos de esta mal trazada comedia, fruto de mis vacaciones de actor, ninguno mas señalado que el de V. para conseguirlo.

Acepte V. pues, amigo mio, tan marcado sacrificio y se verán cumplidos los deseos de su afectísimo

El Autor.

VI. SESION.

D. JOSE ANDRES DE PANTEBRA.

REPARTIMIENTO.

Personajes.	Actores.
D.ª Elvira de Mendoza.	*Doña Adela Serra.*
Aurora	*Aquilina García.*
Jimena	*Eloisa Serra.*
D. Juan de Alvarado .	*Don Manuel Castelló.*
Felipe IV, (bajo el nombre de Don Félix	*Luciano Ruiz.*
Pedro de Mendoza.	*Juan Lopez.*
Diego.	*Segismundo Cervi.*
Rosquete (gracioso) .	*Cipriano Martinez.*
Un Alcalde de casa y corte.	*José Sanchez.*
Un Embozado . . .	*Mariano Martin.*

Alguaciles, criados y embozados.

La accion pasa en Madrid,
en el siglo XVII.

671013

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galería dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

JORNADA PRIMERA.

El teatro representa una calle larga: en los dos primeros términos, fachadas de casas con balcones cerrados con celosías. Puerta en segundo término izquierda debajo del balcon; en el mismo lado una reja. Es de noche.

ESCENA I.

ELVIRA y AURORA, aparecen en los balcones abiertas las celosías; la primera en el de la derecha.

AURORA. Con que galan eh...?
ELVIRA. Galan.
AURORA. Por supuesto, caballero...?
ELVIRA. Y de un título heredero.
AURORA. Cómo se llama?
ELVIRA. Don Juan.
AURORA. Y es en Madrid conocido?
ELVIRA. Tanto como el que lo es mas.
AURORA. Yo le conozco...?
ELVIRA. Quizás.
AURORA. Es valiente...?
ELVIRA. Y decidido.
AURORA. Para adivinar no valgo
y á no ser que me digais...
ELVIRA. Preguntad cuando salgais.
AURORA. Tan de tarde en tarde salgo...

Mas vos podréis imaginó,
como yo misma lo haría,
citarle á esa celosía.

ELVIRA. Tiempo hace yá que no vino.

AURORA. Qué no vino?

ELVIRA. No.

AURORA. Y por qué. .?

ELVIRA. Ansioso de empresas grandes
á lidiar se marchó á Flándes.

AURORA. Y en Flándes está?

ELVIRA. No sé.

AURORA. No lo sabeis?

ELVIRA. Es lo cierto.

AURORA. No os escribió?

ELVIRA. Ni un correo.

AURORA. Ninguno...? Por lo que veo
presumiréis...?

ELVIRA. Que haya muerto?
Oh...! no; por mas de un resorte,
pese á la esperanza mia,
su muerte ya se sabría;
qué no se sabe en la corte?

AURORA. Sin embargo...

ELVIRA. En mi afliccion
á ser cierto, con fé pura
hallar iré en la clausura
la paz de mi corazon.

AURORA. Qué; vuestro padre...?

ELVIRA. Los dos
así en este asunto hablaron
y ámbos á dos se juraron,
ó ser su esposa ó de Dios!

AURORA. Y esperais...?

ELVIRA. Verle llegar.

AURORA. Y si tarda demasiado?

ELVIRA. Será Dios el desposado
que me conduzca al altar.

AURORA. Mas vuestro pecho no siente
esta ausencia tan prolija?

ELVIRA. De mi desventura es hija.

AURORA. Parece que viene gente...!
Cerrad, cerrad la ventana.

ELVIRA. Mañana pasaré á veros.

AURORA. Lo mismo iba á proponeros:
se acercan.

ELVIRA. Hasta mañana.

Las dos desaparecen de los balcones, cerrando las celosías. Don Diego que habrá escuchado parte de la escena, sale por detras de la casa de Doña Elvira.

ESCENA II.

DON DIEGO, solo.

No en vano tu desdén Elvira amada
emponzoñó mi pecho enamorado,
no en vano tu palabra está empeñada,
y nó en vano estoy yó de tí olvidado.
¿Por qué mis celos hoy mal advertidos
aquí me detuvísteis un momento?
Por qué, decid, por qué? Celos oidos
fieros verdugos son del pensamiento.

Desaparece lentamente por el foro, izquierda.

ESCENA III.

DON JUAN y ROSQUETE, de camino; salen por el foro derecha.

ROSQUET. Ya por fin señor llegamos
tras de una y otra jornada
despues de dar dos mil vueltas
á la calle de tu...

D. JUAN. Calla.

ROSQUET. Qué calle? pues esta es buena!
Viste alguno de mi casta
que le ceda en lo hablador
al mas hablador de España?

D. JUAN. Pues puede que yó te enseñe
con la vaina de mi espada
á ser un poco obediente.

ROSQUET. Con la vaina? Vaya en gracia...!
y por qué no con la hoja...?
temes acaso empañarla...?

D. JUAN. Para villanos cual tú,
con un mal garrote basta.

ROSQUET. Qué es esto señor, por qué
tan mal humorado te hallas...?
teniendo ántes tanta prisa
por llegar á nuestra patria
y cuando llegas á ella
pones de viérnes la cara
y contra costumbre tuya
descargas en mis espaldas
ese nublado de enojo
con piedrás como naranjas,
dejándome casi tierno
del chaparron...? qué te pasa...?

D. JUAN. No lo sé, Rosquete amigo;
desde que puse la planta
en Madrid, estrañas dudas
me inquietan y sobresaltan.
ROSQUET. Por qué señor nos volvimos...!
mejor se vive en campaña,
que allí al menos no hay mujeres
y está uno libre de trampas.
Fuiste un tiempo venturoso
entre balas y espingardas,
volver lógras á la Córte
y sin que sepas la causa
tu humor bueno, en humor malo
en un dos por tres se cambia.
De fijo aunque no lo dices
y prudente al verme callas,
el móvil de tus tristezas,
apuesto á que viste faldas.
Oh...! Adan...! Adan...! qué disgustos
nos distes con tu manzana;
á no ser tú tan goloso
otro gallo nos cantára ..!
Y siempre así vas á estar...!
D. JUAN. Llégate y llama á la casa.
ROSQUET. Que llame...?
D. JUAN. Sí.
ROSQUET. Y no es mejor
segun es costumbre usada
en comedias, que el galan
antes observe á su dama
y vea si le fué fiél,
ó entretenidilla anda
con un nuevo rondador,
que por ser la ausencia larga
de él se enamoró, entretanto
que el ausente en cuerpo y alma
llega á su reja rendido
á contarla sus hazañas...?
D. JUAN. Dices bien, la pena mia
aqueso me aconsejaba.
De esta manera saldré
de las dudas que me asaltan.
ROSQUET. Con que ántes de estar casado
ya dudas señor...? Y que haya
quien despues de oir aquesto
se case...? Movimiento de D. Juan.
No he dicho nada.
Nos vamos ó nos quedamos?
D. JUAN. Y adonde...?
ROSQUET. Toma, á la cama

á ver si con el descanso
y libre de estas polainas,
se van unas agujetas
que tengo encima.

D. JUAN. Bien, anda,
busca posada y avisa.

ROSQUET, Que busque...? pues y tu casa?

D. JUAN. Por una noche, no quiero
y á hora tan avanzada,
hacerles prevenir cuarto
ni cena, ni...

ROSQUET. Y quién te manda
estar tan tranquilamente
sin decirme una palabra
desde que en la villa entramos?
Yá es droga el buscar posada...?
y mas el que hace tres años
que no frecuenta estas plazas,
ni estas calles, ni estos sitios,
que son aulas de vagancia
y en donde generalmente
solo de comer se trata
y se sabe, sin querer
qué hostería es mas barata,
cual mas cara, cual mas súcia,
cual mas limpia, y sino basta,
se averigua, hasta si es
algo complaciente el ama.

D. JUAN. Para estos apuros son
tus agudezas de marras;
de no buscarla no cenas:
vé pues si quieres buscarla.

ROSQUET. Cómo no cenar ..? primero
armaba aquí una sanfrancia
que quedase en Madrid de ella
memoria por lo sonada.
Voy á buscar un figon
por este lado; aquí aguarda
que yo vuelvo mas ligero
que un alguacil en demanda.

Váse por el foro izquierda.

ESCENA IV.

DON JUAN, solo.

¡Yá aqui te encuentras don Juan
ya estás al pié de esa reja!

¿Si aquí llegar fué tu afan,
qué nuevo pesar te aqueja?
Reja, guarda de mi amor,
si yo animarte pudiera,
trégua dando á mi dolor
oyéndote, feliz fuera.
De tí tres años ausente
anhelando á tí llegar,
no te estrañe que impaciente
quiera, loco, hacerte hablar.
No mi deseo te asombre
ni que celoso pretenda
averiguar, si otro hombre
en amorosa contienda
llegó á ti en noche callada,
y si tras la celosía
una dama recatada
su plática atenta oia...
¡Oh...! reja...! si tú supieras
con las dudas que á tí vengo,
fácilmente comprendieras
que mal á dudar me avengo;
pues en tí bien escondida
mi pena existe, y no acierto
á decirte, si con vida
está mi corazon muerto.
Por Dios, á mi mal acude
y no te muestres cruel;
dime, por mas que lo dude,
si me fué tu dueña infiel.

ESCENA V.

Dicho y ROSQUETE que vuelve por la izquierda

ROSQUET. Albricias dame, en un bledo
lo dejé arreglado todo:
nada tenemos que andar,
es un meson como hay pocos.
Desde que entré por la puerta
me *vino* un tufillo á mosto
que debe contar lo menos
mas de veinte y cinco otoños.
Mandé traer los caballos
de adonde estaban á un mozo,
y que los echase un pienso
crecederito, con colmo.

D. JUAN. Bien Rosquete, ahora es preciso,

pues que á tu plan me acomodo,
que interrogues á Jimena.

ROSQUET. Que la interrogue...? y el lomo
señor, que me dá unas voces
para las que no soy sordo...?

D. JUAN. Tiempo tienes de cenar.

ROSQUET. Y no es prudente y mas cómodo
cenar ántes y despues
aqueste interrogatorio...?

D. JUAN. Antes há de ser.

ROSQUET. Señor...

D. JUAN. Date prisa, no seas plomo.

ROSQUET. ¡Ay Adan, Adan, Adan,
quién te mandó ser goloso...!

Dirijiéndose á la reja y llamando suavemente, á poco aparece Jimena, abriendo la celosía. D. Juan se oculta tras de la casa.

ESCENA VI.

Dichos y JIMENA en la ventana izquierda.

JIMENA. Quién llama?

ROSQUET. Cómo quién llama?
No te dice tu magin
que es él amante Rosquin
que viene á ver á su dama?

JIMENA. Rosquete! Con alegría.

ROSQUET. Jimena mia...!

JIMENA. Con que yá te viniste?

ROSQUET. Pues!

JIMENA. Y es tu amor el mismo?

ROSQUET. Es
mayor aun cada dia.

JIMENA. Mas tu señor...?

ROSQUET. No le he visto
desde que en la villa entramos,
pues no bien nos separamos
hablarte me vine listo.
Y tu ama?

JIMENA. Me conviene Aparte.
aunque dejé á doña Elvira
hace tiempo, esta mentira.

ROSQUET. Contesta, qué te detiene?

JIMENA. Cambió, amigo, no es la misma.

ROSQUET. Con que no es la misma?

JIMENA. No.

D. JUAN. Cielos! Oculto tras de la casa.

ROSQUET. Y tú?

JIMENA. Toma yo...
soy yo.
ROSQUET. Bien, bravo sofisma.
Por completo tus funciones
egerces, siempre en aumento?
Hay galanteos...?
JIMENA. Sin cuento.
ROSQUET. Producen...?
JIMENA. En ocasiones.
Lo que ántes no hacer solía
es por lo que hoy me enquillotro;
si uno se vá, viene otro;
galan nuevo cada dia.
ROSQUET. No es muy mala ocupacion.
Mas tú durante mi ausencia
fiel me habrás sido?
JIMENA. En conciencia
debí seguir tu licion.
Tantos tiempos de mí lejos
y sin mandarme una carta...?
ROSQUET. Cómo carta...? ¡Santa Marta...!
y hé gastado seis pellejos
de tinta en solo escribirte,
y mas resmas de papel
que un abogado novel
gasta en un pleito.
JIMENA. Al partirte
amante no me juraste
escribirme...? dí que no...?
ROSQUET. Y no lo he cumplido yó?
por qué no me contestaste...?
Pero está claro, empleada
en el traer y llevar
qué habías de contestar?
JIMENA. Dudas de mi amor...?
ROSQUET. Bobada!
¿Con tan lucido egercicio
sigues siendo...?
JIMENA. La que era.
ROSQUET. El tonto que lo creyera
y apesta ya á santo oficio. Aparte.
Te creo de buena fé
y conforme, *ego te absolvo*,
mas como te coja, el polvo
por quien soy te limpiaré.
En cambio, sin ser muger
y con toda puridad
vas á decir la verdad
en lo que quiero saber.
JIMENA. Que me preguntes espero

ROSQUET. ¿Quién és, y como se llama
el amante de tu ama
de los primeros, primero.
JIMENA. Del que la escucho yo hablar,
si se quiere con amor,
es de un galan trovador
con quien diz se vá á casar.
ROSQUET. Con un trovador buen mozo...?
JIMENA. Yo nunca le ví la faz.
ROSQUET. Fregatriz no seas falaz.
JIMENA. Te lo juro, con su embozo
siempre la oculta á mi vista
pero su porte pregona
ser una noble persona.
ROSQUET. Y no seguiste su pista...?
JIMENA. Jamas; mi dueña lo cree
y sin celarle le adora.
ROSQUET. Qué dirá don Juan ahora? Aparte.
JIMENA. Y á qué tal pregunta fué?
ROSQUET. Te lo diré de contado.
Quisiera cambiar de dueño
y por ver si con tu empeño
me tomaba por criado
ese señor...
JIMENA. Lindamente;
y así en casa queda todo.
ROSQUET. De conseguirlo hallo modo,
que en tí fío.
JIMENA. Justamente
ya muy poco tardará,
á las diez debe venir.
ROSQUET. Y se lo vas á decir?
JIMENA. Y en ello consentirá.
Le estoy muy agradecida
y él tambien lo está de mí,
de seguro me dá el sí,
no temas, en mi descuida.
ROSQUET. ¿Tan estrechas relaciones
tienes con él, no sabiendo
quién es, y ménos no viendo,
cual me has dicho, sus facciones?
JIMENA. Así es: solo sus ojos
chispeantes y rasgados
hé visto, mal ocultados.
ROSQUET. Con que sus ojos...?
JIMENA. Y antojos
me dieron por ver su cara.
ROSQUET. Cómo tan curiosa eres?
JIMENA. Lo son todas las mujeres.
ROSQUET. Pobre del que se fiara Aparte.

de aquesas curiosidades.
JIMENA. Vaya me voy.
ROSQUET. Ya te vás...?
JIMENA. Me esperan.
ROSQUET. De prisa estás,
JIMENA. Tú despacio.
ROSQUET. No te enfades.
JIMENA. Se oyen pasos...
ROSQUET. Dejo el puesto. Aparte.
JIMENA. Llega un bulto...!
ROSQUET. San Ginés,
un bulto...! Aparte.
JIMENA. Acude á los pies,
que yó cierro, vete presto.

Desaparece cerrando la ventana. Rosquete trata de huir embozado. D. Juan sale sin ser visto por detrás de la casa y le detiene, volviéndose á ocultar en seguida.

ESCENA VII.

DON JUAN, ROSQUETE y FELIPE IV que sale por la derecha embozado.

D. JUAN. Oculto á Rosquete. Quieto! Aparte.
ROSQUET. Viéndole. Calle, estás ahí?
FELIPE IV Un hombre! Aparte.
Saliendo y reparando en Rosquete.
ROSQUET. Que tiene un miedo... Idem.
FELIPE IV Si se irá al verme llegar? Idem.
ROSQUET. No se mueve. Idem
FELIPE IV Nada; llego. Idem.
Hidalgo, vuestra presencia
me estorba, y deciros debo,
que os vayais de bien á bien
pues necesito ese puesto.
ROSQUET. Que me vaya, eh? (Bien lo haría).
Y sabe ucé que no quiero? Envalentonándose.
que tanto la calle es mia
como lo es de ucé?
FELIPE IV Apelemos
entónces á las espadas
y verémos si riñendo
tan valenton os mostrais
como hablador.
ROSQUET. Señor negro,
¿pensais acaso que á mí,
me atemorizan los fieros?
FELIPE IV Pues riñamos. Sacando la espada.
ROSQUET. Sí, riñamos. Idem.

Sal señor, porque ya es tiempo.

Aparte y dirijiéndose hacia donde se halla D. Juan, riñendo torpemente con D. Félix.

FELIPE IV Mal lidiais.
ROSQUET. Mejor que vos;
yó á las reglas, no me atengo.
FELIPE IV Pues parad esta tercera.

Tirándole una estocada.

D. JUAN. La paro yó que es lo mesmo. Saliendo.
Retírate.

Aparte á Rosquete que le deja su puesto.

ROSQUET. Yo marcharme,

Aparte riñendo por detras de su amo.

dejándote en este aprieto?
Nunca, señor.
FELIPE IV Bien por Dios,
tras de cobarde, rastrero;
teneis la gente apostada:
pocos sois para mi acero.
D. JUAN. No tan pocos, que mi espada
sabe yá lidiar con ciento.
FELIPE IV No reñis mal, voto á diez.
D. JUAN. Riñendo me hice maestro. Siguen riñendo.

ESCENA VIII.

Dichos y DON DIEGO por la derecha.

D. DIEGO. Una pendencia! Qué miro...? Aparte.
será ella la causa, cielos...?
El número es desigual
y consentir tal no debo.

Sacando su espada y colocándose cerca de D. Félix.

FELIPE IV Hidalgo, dejadme solo,
que no es para mi trofeo
con un contrario lidiar;
con dos reñir siempre suelo.
ROSQUET. Señor, la ronda. Mirando por la derecha.
FEL. y D. DIE. Una ronda...!

Todos se suspenden.

ROSQUET. Qué bueno es no tener miedo.

Aparte con grande agitacion, moviéndose de un lado á otro.

FELIPE IV Separémonos ahora
y en San Fermin os espero.
Por ese lado, alejaos. Por la izquierda.
D. DIEGO. Quién serán los caballeros? Aparte y vase.
D. JUAN. Vamos Rosquete.

ROSQUET. A galope,
que llegan.

Mirando por la derecha y saliendo de la escena atropelladamente.

FELIPE IV Yó aquí me quedo.

ESCENA IX.

FELIPE IV, solo. A poco la ronda que atraviesa lentamente por el foro precedida de un ALCALDE. Dan las diez en un reloj de torre lejano.

Bien, alejaos; así
doy fin sin ruido á mi empresa:
por cierto que no me pesa
ver la ronda por aquí.

Pasa la ronda, D. Félix se oculta un momento en el quicio de una puerta.

Pasaron; nada han oido:
vaya la ronda con Dios,
y de contiendas en pos
preste amparo al desvalido.
Yá sus pisadas lejanas

Dirijiéndose á la izquierda.

se aperciben levemente;
ni el menor rumor se siente;
nadie salió á las ventanas.
Favoreciendo mi empeño,
la noche está bien oscura
y obrar puedo con holgura
del barrio absoluto dueño.
Mas las diez sonado han
y mi gente no parece....!
Cómo la impaciencia crece
cuando se espera...! Aquí están

Se aproxima al foro derecha.

ESCENA X.

Dicho y tres EMBOZADOS que salen por la derecha trayendo una litera cerrada.

EMBOZ. Caballero...? Acercándose á D. Félix.
FELIPE IV Ya que dieron
las diez hace tiempo.
EMBOZ. Sí,
mas como una ronda ví,
vine despacio.

FELIPE IV Y... os vieron...?
EMBOZ. Nadie.
FELIPE IV En aquella calleja

Por la izquierda. Los tres embozados se ocultan por un momento llevándose la litera.

ocultáos. Cómo tardar
podrán yá tanto...? A llamar
por mi fé voy á la reja.

Se acerca á la reja izquierda y llama.

ESCENA XI.

Dichos y JIMENA á la ventana.

FELIPE IV Jimena...?
JIMENA. Señor, sois vos? Apareciendo.
FELIPE IV Sí, yo soy, que ha rato espero
ver de mi dicha el lucero.
JIMENA. Tambien yá ha tiempo las dos
que en vela estábamos.
FELIPE IV Bien;
la calle se halla desierta;
abre con tiento la puerta
y partamos luego; ten, Dándola un bolsillo.
cautelosa camarera.
JIMENA. Un bolsillo...! qué contento...!
Voy mas ligera que el viento...
Que esté pronto la litera.

Desaparece de la ventana.

FELIPE IV Poned la litera ahí,

A los embozados, que á una señal suya habrán vuelto á salir con la litera, la que colocan en frente de la puerta de la casa, de modo que solo haya en medio un corto espacio.

vayán pues esos escudos,

Dándoles un bolsillo.

y con tal que me seais mudos
doblo lo que os prometí.
EMBOZ. Yá está señor. Despues de poner la litera.
FELIPE IV Bien, ahora
prontos á seguidme estad.
EMBOZ. Como vos plazca, mandad.
FELIPE IV Abren yá, mia es Aurora.

Aparte y mirando á la casa.

ESCENA XII.

Dichos, AURORA y JIMENA, á poco DON JUAN y ROSQUETE.

AURORA. Don Félix?

FELIPE IV Mi bien! De hoy mas
quien te aparta de mi lado?

Cojiéndola una mano y besándosela.

EMBOZ. Partimos? A D. Félix.
FELIPE IV Sí, y con cuidado.
No tiembles, mi amor.
D. JUAN. Atrás!

Saliendo con la espada desnuda y embozado, colocándose en frente de D. Félix. Aurora, lanza un grito y se vuelve á meter en la casa con Jimena precipitadamente. Los embozados no habrán movido la litera de donde la pusieron.

Tras de cobarde, rastrero
os oí, así Dios me guarde
llamar aquí á mi escudero,
y ahora quién és caballero,
tras de rastrero, cobarde?
Al ver la ronda llegar
del todo prudente hallásteis,
y yó os creí á mi pesar,
nuestro empeño terminar
á donde ni aun ir pensásteis.
Nadie se burló de mí
de ésta manera en un duelo,
bien nécio en creeros fuí,
mas el lance empezó aquí
y aquí zanjarle es mi anhelo.
Si tanto es vuestro valor,
si con dos reñir sabeis
siendo siempre el vencedor,
os ruego por vuestro honor,
que esa postura dejéis;
pues si proseguis parado
pensando acaso en la huida,
puede, que mal de mi grado,
y de quien soy olvidado,
me quede con vuestra vida.
Sacad, sacad vuestra espada
y llamad de esos alguno
que la tenga bien templada,
llamadle, no importa nada,
yo nunca riño con uno.
FELIPE IV Ésa arrogancia mancebo
la considero en tan poco,
que ni á desnudar me atrevo
la espada que al cinto llevo
cuando me provoca un loco.
Vinísteis al lance mal
con tan poca compañía,
el número es desigual,
procuraos fuerza igual

y hallaréis la espada mía.
Hasta tanto, vuestro brío
templad, y andad mas reñacio,
no de reñir me desvío,
y á saber quien soy, yó fio
que hablaríais mas despacio.
La noche no está acabada,
mejor que aquí, en campo raso
se recibe una estocada;
guardad hasta allí la espada
y dejádnos libre el paso.

D. JUAN. Antes tronchára primero
en mengua de mi valor,
con mis manos este acero,
honra del que es caballero
y en algo aprecia su honor,
que dejaros traspasar
el sitio á donde os hallais;
no hay mas medio que lidiar,
y no os creais deshonrar
quien quiera que vos seais.

FELIPE IV Por segunda vez os digo
que vuestro brio amengüeis
si queréis lidiar conmigo;
á reñir luego me obligo
en donde vos me citéis.

D. JUAN. Aquí ha de ser.

FELIPE IV Porfiado
andais por cierto, y ser puede,
que de mi valor llevado,
deje el asunto zanjado
haciendo que alguno quede
mudo testigo del lance.

D. JUAN. Sea pues, de cualquier modo.

Adelantándose hacia D. Félix.

ROSQUET. De un percance otro percance,
quién me daba en rabia alcance
si me encontrase beodo? Ap. y temblando.

D. JUAN. Riñamos pronto.

FELIPE IV Riñamos!

Sacando la espada y dirijiéndose á D. Juan, los embozados se le acercan.

Quitad, no os hé menester,
los nobles cuando lidiamos
á una infamia no apelamos.

EMBOZ. La ronda puede volver.

FELIPE IV Apartad.

Los embozados se retiran, Rosquete se acerca á D. Juan y éste le desvía con la espada.

D. JUAN. Rosquete á un lado:

en guardia. A D. Félix.
FELIPE IV En guardia. Riñen.
ROSQUET. San Blas!
en qué parará el nublado?
Qué ruido tan condenado
para mí, es este zis, zas.
AURORA. Que habrá abierto la celosía y aparece con Jimena á la ventana.
Riñen, Jimena?
JIMENA. Eso creo.
AURORA. Será don Félix?
JIMENA. Sin duda,
aunque de aquí nada veo
por mas que verlos deseo.
AURORA. Dá voces para que acuda
alguno.
JIMENA. Mas conveniente
es el estarnos calladas.
ROSQUET. Dando estoy diente con diente. Aparte.
FELIPE IV El embozado es valiente. Aparte.
ALCALDE. Dentro. Hácia aquí hay ruido de espadas.
ROSQUET. La ronda, ésta sí que es buena...!
Moviéndose azoradamente de un estremo á otro.
FELIPE IV Otra vez?
AURORA. Cierra, Jimena.
Desaparece de la ventana con Jimena que cierra.
ROSQUET. Soy colegial de la trena
de ésta hecha. Aparte.
EMBOZ. Huyamos! Tratan de huir.
FELIPE IV Quietos!
Deteniendo á los embozados.

ESCENA XIII.

Dichos y el ALCALDE con la ronda saliendo por la izquierda.

ALCALDE. Caballeros, alto al Rey!
Tratándose de poner en medio de D. Juan y de D. Félix, que no habrán cesado de reñir.
D. JUAN. Alto hará quien le ofendiere.
FELIPE IV Alcalde, con vuestra grey
marchad, que así el Rey lo quiere.
ALCALDE. Alto! Acuchillándolos con la ronda.
D. JUAN. Atrás!
FELIPE IV A mí!
Á los embozados, que sacando sus espadas, se incorporan á Don Juan y á D. Félix que ya habrán hecho frente á la ronda.
ROSQUET. Qué estruendo? Se oculta tras de la litera.

FELIPE IV. Alcalde, Alcalde,
que vais á salir perdiendo.
ALCALDE. Mi deber estoy cumpliendo!
D. JUAN. Pero ésta vez será en valde.

ESCENA XIV.

Dichos y DON PEDRO, saliendo por la derecha, con la espada desnuda poniéndose cerca del Alcalde, todos se detienen.

D. PEDRO. Los que con tanta codicia
mantienen lid empeñada
y es por ellos ultrajada
la vara de la justicia,
los que faltando entre fieros
á la ley, y en mengua de ellos
cuando llega á detenellos
la presentan sus aceros,
no pueden valientes ser
ni sus derechos guardar
ni con nobleza lidiar
ni sin vileza vencer. Pequeña pausa.
No seguís...? por qué os parais...?
dónde está vuestro valor?
Si aun sabeis lo que es honor,
comprendo porque callais.
La justicia es lo primero
que respetar debe el hombre,
y es indigno de tal nombre
el que la falta rastrero.
FELIPE IV De la razon no me alejo,
pero yá la lid travada
vale mas una estocada
que vuestro rancio consejo.
D. JUAN. No tengo la menor duda; Aparte.
el padre de Elvira es, sí.
FELIPE IV Hidalgo, vamos de aquí;
para salir mútua ayuda
que despues...
ALCALDE. Alto!

Poniéndose delante de D. Juan y de D. Félix.

D. JU. y F. Adelante.
FELIPE IV A mí, embozados!

Los embozados, se incorporan de nuevo á D. Félix, acuchillando á la ronda, D. Pedro se defiende al lado del Alcalde.

ALCALDE. Favor!
ROSQUET. Enliterarme es mejor
no me eche un golilla el guante.

Aparte. Habrá vagado por la escena buscando donde meterse, se esconde sin ser visto dentro de la litera. D. Félix y D. Juan ayudados de los embozados habrán logrado ganar, haciendo frente á la ronda, los últimos bastidores de la izquierda y desaparecen por ellos.

ESCENA XV.

DON PEDRO, el ALCALDE y ROSQUETE oculto en la litera.

D. PEDRO. Huyen Alcalde!
ALCALDE. Tras ellos
id, corred.

A los alguaciles que vuelven.

ROSQUET. Sí, pero en coche.

Sacando la cabeza por la ventanilla de la litera, que dará de frente al público.

ALCALDE. Que como llegue á prendellos,
por quien soy hé de ponellos
á buen recaudo esta noche.

Vàse el Alcalde precipitadamente por la izquierda, seguido de D. Pedro. Rosquete queda en la litera. Cae el telon.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA.

JORNADA SEGUNDA.

Jardin: muralla en el costado derecho del teatro con puerta en el primer término; en el centro un cenador. Empieza á oscurecer.

ESCENA I.

AURORA y ELVIRA sentadas cerca del cenador.

AURORA. Mucho os agradezco Elvira
que llenando mi deseo
á visitarme hoy vinieseis
mis ofertas admitiendo.
Del todo reconocida
á vuestra fineza quedo,
anhelando una ocasion
donde probaros mi afecto.
Esta casa y cuanto encierra,
á repetíroslo vuelvo,
todo es vuestro, y mi fineza
hace poco al daros ésto.

ELVIRA. Tanto no puede ofrecer
la que de tutela el peso
siente aun, y es mas, ignora
si de ella saldrá algun tiempo.
Pero os ofrece señora,
desde este mismo momento,
una amistad pura y santa.
un corazon todo nuevo,
una voluntad cumplida

y un bien nacido deseo,
que puede fraternalmente
muy bien igualar al vuestro,
y cuál una hermana tierna
si no la teneis, quereros.

AURORA. Por alcanzar ese nombre
desde hoy crecerá mi empeño
esperando, amiga mia,
muy en breve merecerlo.
Bien lo sabeis, la amistad
á veces es parentesco
que mas que la sangre obliga...
Mas yá que solas nos vemos,
(hablando de otra materia
tal vez indiscreta siendo)
quisiera que vos, Elvira,
abriéndome vuestro pecho,
me dijérais hoy despacio
las señas del caballero
que allá en Flandes olvidado
de vuestro amor, ni un correo
se dignó mandaros letra,
ni si es vivo ni si es muerto
sabeis, en tanto que vos
amante vivis muriendo.

ELVIRA. No calma nada este afan
por mas que yó lo deseo;
en todas partes le veo;
en ninguna hallo á don Juan.
Su cara de bondad llena
rebela su continente;
adorna noble su frente
negra y rizada melena.
Sus ojos son tan parleros
cuando miradas entablan,
que solo mirando hablan...
Quién ojos, pudiera veros...!
Su nariz es aguileña,
como sacada á buril,
sus dientes son de marfil,
y es su boca tan pequeña,
como ninguno la vió,
ni como nunca la ví,
si muy breve para un sí
es angosta para un nó.
Su talle bien comparalle
no puedo con hombre alguno,
porque no hay hombre ninguno
que en talle pueda igualalle.
Caballero en su troton,

ó á pié, en Atocha, en el templo
tan apuesto le contemplo
que, sin exageracion,
tal vez nécia ó caprichosa
si se me escapa un suspiro
cuando á mi lado le miro...
de mí misma estoy celosa.
Que és en fin en trato y porte
como la fama pregona,
la mas gallarda persona
que un dia pisó la córte.

AURORA. A ser como lo pintais
será galan?

ELVIRA. En estremo.

AURORA. Pero tambien harto fácil
en olvidar segun veo.

ELVIRA. Todo cambia con la ausencia;
como yó, debeis saberlo.

AURORA. Sí, pero el que amante un dia
encerró dentro del pecho
un puro amor, las cenizas
suele conservar del fuego,
y es bien fácil encender
estas cenizas, que fueron
en tiempos no muy lejanos
lumbreras de dos deseos.
Cuando vuelva, de seguro,
le veréis de amor muriendo
y mas constante, y mas pura
renacerá en vuestros pechos
esa pasion que la ausencia
entibió por algun tiempo.
En Dios fiad.

ELVIRA. En él fio,
él es mi único consuelo,
pues á no ser de don Juan
sér su esposa solo espero.

AURORA. Tan jóven y en la clausura
iros á emplear?

ELVIRA. Ejemplos
tenemos todos los dias.

AURORA. ¿Y son felices por eso,
las que como vos Elvira,
sin vocacion para hacerlo,
de la vida mundanal
se encierran en cláustro estrecho,
tal vez, á llorar bien pronto
lo que tan de prisa hicieron?

ELVIRA. Pocas dejaron Aurora
los dulces, sagrados hierros

del cláustro, cuando con fé
á buscar el cláustro fueron.
AURORA. No digais tal, sois muy niña
y como en peligro os veo
evitáros quiero...
ELVIRA. El qué...?
AURORA. Un pronto arrepentimiento.
Antes que tal os suceda
debeis meditarlo al menos,
pues á ser á Dios perjura
cuando le tengais por dueño,
vale mas amiga mia
que huyais del sagrado centro
de una celda, en la que siempre
á ese vuestro don Juan viendo,
ni en Dios penseis, ni en el hábito
que al ser su esposa os pusieron.
Haced lo que yó, gozad,
vivid.
ELVIRA. Aurora, no puedo.
AURORA. Que no podéis...? bien se vé
sois primeriza en estremo
en amor, cuando así triste
en nada encontrais recreo.
Del mundo los sinsabores
aun vuestro pecho no hirieron
y conocer no podéis
lo que es malo y lo que es bueno.
Nunca como yó os veais...!
Oh...! no lo permita el cielo...!
ELVIRA. Huérfana sois?
AURORA. Desde el dia
que nací.
ELVIRA. Mucho lo siento.
AURORA. En tutela mi buen padre
me dejó muy niña siendo.
ELVIRA. Y no teneis mas familia?
AURORA. Ni la tengo, ni la quiero.
La que tuve, en mi niñez
me hizo verter tan acerbo
llanto, que de ella, solo
tristes recuerdos conservo.
ELVIRA. Y á nadie amásteis...?
AURORA. Cual vos,
á nadie amé, lo confieso.
ELVIRA. Dichosa sois...!
AURORA. Quién lo duda!
JIMENA. Más que yó.
AURORA. Que llegan creo.
ELVIRA. Será mi padre?

AURORA. En buen hora.
ELVIRA. Justo, él es. Mirando á la casa.
AURORA. Mucho me alegro.

ESCENA II.

Dichas y DON PEDRO, que sale de la casa.

D. PEDRO. Sin pedir ántes licencia
pecando un tanto de osado,
señora, de gozo henchido,
pues que llego á saludaros,
traspaso hoy estos umbrales,
en vuestra bondad fiado.
AURORA. A lo que os quedo obligada.
Esta casa y cuanto valgo
todo es vuestro.
D. PEDRO. Atenta Elvira,
supongo que os habrá dado
cuenta de la mía y bienes;
inútil de todo hallo
deciros que sois su dueña;
no es un cumplimiento vano.
AURORA. Gracias señor, gracias. Hoy
toca solo á mi cuidado,
yá que por dicha en mi casa
llegué, don Pedro, á miraros,
que os obsequie como es justo.
Venid, que yá preparado
arriba habrá algun refresco. Levantándose.
ELVIRA. Aurora, y á qué cansaros
por nuestra causa...?
AURORA. Es costumbre.
D. PEDRO. Al seguiros, os privamos
de gozar el suave ambiente
que en este sitio apartado
disfrutando estáis.
AURORA. En breve
volveremos aquí un rato:
tiempo queda para todo.
Oh...! no penséis escusaros;
diéraisme en ello un pesar.
D. PEDRO. Mi Elvira vendrá despacio
otro dia.
AURORA. Hoy ha de sér.
D. PEDRO. Nada he dicho.
AURORA. Vámos?
Dirijiéndose á la casa llevando de la mano á Elvira.
ELVIRA. Vamos.

D. PEDRO. Cuando á mi casa paséis... Con galantería.
AURORA. Podréis don Pedro vengaros.

Vanse todos por la casa. El teatro queda solo por un momento: á poco se abre la puerta derecha y aparecen por ella apresuradamente, Rosquete disfrazado de alguacil, embozado en su capa, y Jimena con manto. Ha oscurecido completamente.

ESCENA III.

BOSQUETE y JIMENA.

JIMENA. Déjéme en paz el golilla.
Intentando desasirse de Rosquete que la tiene cojida por el manto.
ROSQUET. Sin huesos.. quisiera verme, Finjiendo la voz.
primero que ahora volverme
ignorando Jimenilla
lo que pretendo saber
por medio de tu afilada
lengua, pues de criada,
es la lengua, á mi entender,
que menos sabe callar
lo que ocurrir suele en casa,
lengua que ya de tan rasa,
más no se puede afilar.
Que trabajas, bien se vé
por conocer mis facciones,
pero amiga, hay ocasiones
como ésta, que no hay de qué.
Yó sí que apesar del manto
hé logrado conocella;
tú te tienes por doncella...
de tu ama.
JIMENA. Pues y tanto...
ROSQUET. Corriente, no endoncellemos
la cuestion, de prisa estoy
y ese es asunto que hoy
á un lado dejar debemos.
Desque te pude dar vista
hermosísima fregona,
por atrapar tu persona
seguíte hasta aquí la pista;
y aquí yá, voto á San Gil...!
mirando mi autoridad,
con toda formalidad,
cual compete á un alguacil,
dá declaracion formal
á cuanto yó preguntare,
y ruega que en ésto pare,
ésta, *actuacion* judicial.
¡Qué! ¿No tiemblas?

JIMENA. Sí, de risa.
ROSQUET. Y así respondes...?
JIMENA. Así.
ROSQUET. Pues lo quieres...! ay, de tí...!
JIMENA. Concluya que estoy de prisa.
ROSQUET. De parte de un gran señor
de clase, no cual la mia,
viene mi alguacilería
sola, que al caso es mejor,
á que tú, fiel zurcidora
de dos almas diferentes,
uno por uno me cuentes
los pasos de tu señora,
de nó, dueña de un cilicio
como aquel que ván á horcar,
cual rebelde irás á dar
con tu cuerpo al Santo oficio.
¡Medita en calma, medita;
mira lo que vas hacer...!
que como leña has de arder...!
á tiempo este paso evita...!
JIMENA. Yó, nada sé ..
ROSQUET. Que te vendes...!
No seas escrupulosa
ni te quedes recelosa
porque... yó... pués... yá me entiendes.
Vamos, habla...!
JIMENA. Le repito
que nada sé, hay tal porfía...!
Sinó, yó me callaría
cuando hablar es mi plurito?
ROSQUET. Me consta.
JIMENA. A ucé?
ROSQUET. Sí por Dios.
JIMENA. Pues á dónde habló conmigo...?
ROSQUET. Yo no hablé, pero un amigo
un tanto allegado á nos,
noticia me dió cumplida
de quien érades.
JIMENA. Sí.
ROSQUET. Sí...!
Me dijo:—yo nunca ví,
ni pienso ver en mi vida,
doncella tan solapada
como esa Jimena.
JIMENA. Cierto...?
ROSQUET. Habla mal hasta de un muerto.
JIMENA. Miente quién...
ROSQUET. ¡Calla taimada...!
no añadas á tus pecados

hablarme mal del ausente;
piensa en Dios omnipotente
por el que fuimos creados,
y declara sin más tréguas
lo que has visto ó has oido
de lo anoche sucedido;
te condeno si te niegas...!

JIMENA. Vuelvo á decir á usarcé
que lo sucedido ignoro.

ROSQUET. Ah vil! te vendiste al oro?
pronto ha de pesarte á fé.
Yó sé que anoche en la calle
hubo una sangrienta lid,
y hoy ya no ignora Madrid
que un mozo de esbelto talle
seguido de su escudero,
rapaz que nadie domina,
armaron tal zarracina
con un negro caballero,
que á no llegar de improviso
la ronda, como soy Juan
á éstas horas el galan
se encuentra en el Paraiso.
Y como al punto inquirí
que tú la cita le diste
y tú á venir le induciste
por eso te busco á tí.
Confiesa y estás salvada,
ne te se hará daño alguno,
de nó, por Dios trino y uno
vás á ser emparrillada.

JIMENA. Si así quedais satisfecho
á contáros voy el paso
en interés bien escaso.

ROSQUET. ¡Al hecho, vamos al hecho...! Gravemente.

JIMENA. Cuando el lance concluyó
la calle quedó desierta,
abrí con tiento la puerta
y un hombre se me acercó.
Era Rosquete, un tunante,
criado de un caballero
atrevido y pendenciero,
el reverso de mi amante;
pues fué mi amante Rosquete
en otro tiempo, mas hoy
le aborrezco por quien soy.

ROSQUET. ¡Muchacha, con tiento vete,
no las ausencias profanes
ante mi fuero civil,
porque aunque soy alguacil

no me gustan los desmanes.
JIMENA. El asirme quiso al punto,
logré su intento burlar,
volví la puerta á cerrar
y aquí terminó el asunto.
ROSQUET. Pero... y despues?
JIMENA. Mi señora
al verme me preguntó
si alguien rondaba; que nó,
díjela, y de allí á un hora
todos en casa roncaban.
ROSQUET. Muy bien; me resta saber,
para llenar mi deber,
quiénes son los que lidiaban
anoche con tal porfía.
JIMENA. Lo ignoro.
ROSQUET. Dí la verdad.
JIMENA. Se la digo en puridad.
ROSQUET. Puridad, eh? Sí, á tu tia.
Callarás cuanto quisieres,
tú te perderás al fin,
pues yo te dejaré, sin
lo que anhelais las mujeres.
Y tal vez te pese luego
no decirme cé por vé,
lo que sabes que no sé,
de este ensortijado juego.
Pues señor tan principal
es el mio, que á querer,
me podría hoy mismo hacer
arzobispo ó general.
Mas yó su poder no enristro
contento en mi empleo estoy
pues ya hace tiempo que soy
un concienzudo ministro.
La ambicion nunca fué el norte
que me guió, y, en mi esfera,
soy ministro de carrera...
como otros que hubo en la córte.
A quien me manda respeto,
y hecho un lince con ropilla
no hay un bolsillo en la villa
como el mio tan repleto:
porque con suma largueza
el señor que te he indicado,
cornado tras de cornado
lo engruesa con su grandeza.
Soy rico porque lo es él,
impero porque él impera;
con que noble camarera

entrégate... ó no hay cuartel.
JIMENA. ¿Y qué mas queréis que os diga
si cuanto sabía os dije?
ROSQUET. Di punto. Ahora es bien se fije,
como pacto de esta liga,
á lo que tienes opcion
si me sirves puntualmente.
JIMENA. Si así lo queréis, corriente.
ROSQUET. Y en prueba toma un bolsón
que guardar podrá un tesoro.
Sacando un bolsillo vacío.
Yo te lo entrego vacío,
pero en breve el señor mio
lo llenará con su oro.
Tómalo, no estés rehacia
ante su arrugado físico,
pues si llega á tí algo físico
ya lo engordará su gracia.
JIMENA. Venga.
ROSQUET. Toma. Dándoselo.
JIMENA. Y es bordado. Tentándolo.
Lo dejó vacío el tuno. Aparte.
ROSQUET. Como ese tengo yo uno...
JIMENA. Pero no desocupado. Aparte.
ROSQUET. Queda zanjado el asunto,
y ya que nos entendemos,
de lo importante tratemos
despacio y punto por punto.
Apenas hayan sonado
las ánimas...
JIMENA. Luego dán.
ROSQUET. Por esa puerta un galan Por la derecha.
entrará por mí escoltado.
En aquesta misma hora
dando á tus encargos fin,
conducirás al jardin
con engaño á tu señora.
JIMENA. Pero...
ROSQUET. Déjame que acabe.
JIMENA. Es que...
ROSQUET. Voy á concluir.
JIMENA. Es que le quiero advertir
que de esa puerta la llave
solo mi dueña la tiene
en cuanto la noche cierra.
ROSQUET. Bien dicen, que mucho yerra
quien ha hablar mucho se aviene.
Si ese escrúpulo te asalta,
echando en falso el pestillo
sales del lance con brillo

y no se nota tu falta.

JIMENA. Sí, mas si luego lo ven
ó alguno á llamar acierta
y encuentra la puerta abierta...?

ROSQUET. Entera confianza ten,
que de ese umbral, ni un minuto
me pienso yo separar
hasta que vea asomar
al que engordará ese enjuto
bolsillo que manoséas

JIMENA. Bien, pero aquí yo me espongo
y aun no se quien...

ROSQUET. No me opongo
á que tú, pues lo deseas,
ignores que en este *truque*
juega sin cartas tomar
muy fiado de ganar; Con gran misterio.
el ilustre Conde-Duque.

JIMENA. El Conde-Duque...?

ROSQUET. Pues, él.
Bien mira á lo que te espones
si ante su paso te pones
para no servirle fiel.
No hagas que en la red se enrede
en donde piensa atrapar
la que tanto llegó amar;
porque él hoy, todo lo puede.

JIMENA. Mandadme, que estoy dispuesta,
con gusto le serviré.

ROSQUET. Eso mismo le diré
de esta sesion por respuesta,
y á Dios te queda.

JIMENA. El os guíe,
cierro en falso como veis
con tal que en vela os quedeis.
Hace lo que marca el diálogo.

ROSQUET. Yá he dicho que en mí confíe.

JIMENA. Id en paz.

ROSQUET. Voime sin ella
pues casi quererla quiero.

JIMENA. Salga él negro... mandadero.

ROSQUET. Ya salgo, negra doncella.

Váse por la puerta izquierda. Jimena la junta.

ESCENA IV.

JIMENA sola.

El Conde-Duque, eso dijo:
en buen compromiso estoy...!

Si vuelve don Félix hoy
y aquí le encuentra... de fijo
que sin mirar en el modo,
dejando obrar al acero,
uno audaz y otro altanero
atropellarán por todo.
Semanas hay, por mi fé,
en querellas bien fecundas:
¡cuándo de estas baraundas
por fin libre me veré..,.!
¿Y quién se expone á faltar
al ministro en este caso... ?
Nada, á su bando me paso:
en el cambio he de ganar.
¿Quién á su poder no humilla
la cerviz, pues por su porte
el Conde-Duque en la córte
és mas que el rey en Castilla!
Ya volverme atrás no puedo,
y logre su objeto ó nó,
si con bien escapo yó,
lo demás me importa un bledo.
Serenidad y destreza;

Se oye á lo lejos el toque de ánimas.

las ánimas dando están
y en breve vendrá el galan;
ayúdame sutileza. Váse por la casa.

ESCENA V.

DON JUAN y ROSQUETE embozados, saliendo por la puerta derecha.

ROSQUET. Entra despacio, señor Saliendo.
Hay sombras?

D. JUAN. Nada distingo.
Llega la puerta.

ROSQUET Y á qué...?
pueden atender al ruido;
dejarla abierta es mejor
y así queda algun resquicio
para poder escapar
en caso de compromiso.
Descubres alguna?

D. JUAN. A nadie.
En la casa luz distingo,
mas el jardin está solo.
Sólo...! Con abatimiento.

ROSQUET. Me alego infinito.

D. JUAN. No sé lo que mi alma siente
en esta noche callada
viendo, á impulso del ambiente
agitarse levemente
las hojas de la enramada.
¿Qué es ésto que pasa en mí
que me alhaga y me dá enojos...?
qué es ésto que no sentí...?
¿por qué tal dureza aquí
llanto vertiendo mis ojos?
Al compás con que os movéis
hojas que oyéndome estáis,
aun sufrir doble me hacéis,
más no mi queja escuchéis
aunque morir me veais.
Meceros hojas, meceros
y despreciad mi dolor,
no logre al fin suspenderos:
si mústias llegase á veros
aun fuera mi mal mayor.
Seguid, y si en mi tormento
y á donde estoy olvidando
doy algun suspiro al viento,
ahogadle á su nacimiento
con vuestro susurro blando.
Ahogadle, no en un gemido
llegue aleve, hasta la infiel
que dió un amor al olvido
en éstos sitios nacido
á do juró serle fiel.
Bien recordaréis las horas
que aquí con ella pasaba,
(hojas hoy murmuradoras),
y las frases seductoras
que anhelante pronunciaba.
Y el sonrosado color
que asomaba á su mejilla,
pregonero del pudor
que á los ardides de amor
en virginal rostro brilla.
Recordaréis, que si un ramo
tierno, amante, la ofrecía
diciéndola, «yo te amo»
á mi amoroso reclamo...
«te amo» contestar solía.
O yá bien, de noche siendo,
nuestras dos almas en una
del ruido del mundo huyendo,
pasar largas horas viendo
mal ocultada la luna.

Y en escaño de mil flores
ó sobre la verde alfombra,
entre claros resplandores
pensando en nuestros amores
á favor de vuestra sombra,
mirar las noches pasar,
mirar los dias correr,
en el mundo no pensar,
con nuestro placer soñar
y del sueño no volver.
—¿A do está lo que soñé...
á do estas horas huyeron?
no bien de aquí me alejé
y tú puro amor, tu fé,
fantasmas de un sueño fueron.—
Mas quién que es cuerdo no estrecha,
en este siglo tan cuerdo,
por congetura derecha,
el recuerdo de una fecha
con la fecha de un recuerdo.
¡Huid, sombras de placer,
en la oscuridad perderos
dulces recuerdos de ayer,
y pues yá no han de volver...
meceros hojas, meceros!

ROSQUET. Invocacion gigantesca,
cántas como un pajarillo
y en otro Amadís de Gaula
señor, segun imagino,
vas á venir á parar
si como ahora rendido
tus penas cuentas al ire
á las hojas y á los riscos.
¿Tú no eres el don Juan de ántes
en otro te has convertido...?
aprende de mí y escucha,
aunque poco inspira el sitio,
la invocacion que hacer suelo
cuando alegrillo me miro
entre parras ó entre cepas
en los jardines del *vino*.—
No sé si sabré pintarte
con verdaderos colores
lo que voy á relatarte;
mi intencion es consolarte
de tus malditos amores.—
El mayor goce á mi ver,
está por demas probado,
y te voy á convencer,
es hallarse uno á placer

de dos mil cepas cercado.
Y al contemplarse señor
de tan verdoso pensil,
aspirar el grato olor
del pámpano tejedor
que se desliza sutil.
Y echarse en el blando lecho
de la arena movediza,
y ver, de racimos hecho,
flotante y dorado techo
que lo bello simboliza.
Lo que en mí pasa no sé
al admirar la grandeza
de las huertas de Noé;
aquel señor por mi fé
debió tener gran cabeza.
Se le debe venerar,
y aun és recompensa chica,
para el que al desembarcar
solo se ocupó en plantar
lo que al hombre purifica.
Lo que deveras me enfada,
y és lo afirmo, un desatino
que á no pocos desagrada,
que el agua no cueste nada
costando dinero el vino.
Por probarlo, años sin cuento
suspira el que de él privado
vivió en contínuo tormento,
pues és el quinto elemento
por los sábios ignorado.
Sin él ya, muy pocos son
los que viven con holgura.
el plebeyo, el infanzon,
los doctos de profesion,
el dómine, el juez, el cura.
Todos sus apuros pasan
por el vino, y aun presumo,
que muchos su comer tasan,
y gusto y privacion casan
ante tan sabroso zumo.
Si ves al menesteroso
que en sus trabajos se afana
un dia tras otro ansioso
y se contempla dichoso
al terminar la semana...?
es por el placer de hallar
el que és su elemento quinto
el domingo al descansar,
es porque ansía trincar

de lo blanco y de lo tinto.
Todos culto con afan
rinden al mosto, no marra,
y no me lo negarán,
pues no es digno hijo de Adan
quien no probó agua de parra.
Y en fin, muy presente ten,
te lo digo sin empacho
y sin dar ningun vaiven;
nunca será hombre de bien
el hombre que no es borracho.

D. JUAN. Vámonos. Dirijiéndose á la puerta.

ROSQUET. Qué dices...? tente:
y para ésto hemos venido...?
Aguarda señor un rato.

D. JUAN. Salir de aquí necesito.

ROSQUET. Ya saldremos, la paloma
muy pronto dejará el nido,
y al arrullo del galan
se dirijirá á este sitio.

D. JUAN. Renuncio á verla.

ROSQUET. Yo no;
vine don Juan decidido
á curarte de ese amor,
que sobre un pié y dando brincos
desde que á Madrid llegamos
por quien soy nos ha traido.
Mas cálla, calla, no advertes...?
hablan junto á ese postigo.

Por la puerta izquierda.

Vas á ver cual se complica...

D. JUAN. Calla, ó por Dios...! Amenazándole.

ROSQUET. Cierro el pico.

D. JUAN. Es cierto. Acercándose á la puerta.

ROSQUET. Será el galan? Bajando la voz.

D. JUAN. Intenta entrar.

ROSQUET. Pues no es lísto.
Teniendo la puerta abierta...
Qué vas hacer?

Deteniendo á D. Juan que vá á salir.

D. JUAN. ¡Vive Cristo,
el paso á estorbarle.

ROSQUET. Pues,
y todo lo descubrimos.
Mejor es estarnos quedos,
ello dirá, en el garlito
á la dama y al galan
quedándote aquí escondido
podrás cojer á tus anchas,

sin ser de ninguno visto
hasta que te presentares;
aunque eso debes huirlo.

D. JUAN. Bien dices.

ROSQUET. Chito, que entran,
vámonos paso á pasito
á ese cenador de enmedio.
Oh... Adan...! cómo andan tus hijos...!

Se ocultan en el cenador.

ESCENA VI.

Dichos, FELIPE IV y D. DIEGO por la puerta derecha.

FELIPE IV Quedad buen don Diego alerta,
que por cierto no me agrada
apenas la noche entrada
encontrar franca la puerta.

D. DIEGO. Descuidad.

ROSQUET. Señor, son dos.

FELIPE IV Salid pues. A D. Diego.

D. DIEGO. Fuera os aguardo.

Váse por la puerta izquierda.

ESCENA VII.

Dichos: menos DON DIEGO.

ROSQUET. Dónde vás...? Deteniendo á D. Juan.

D. JUAN. Y yá qué tardo
en matarle, vive Dios!

ROSQUET. No te sulfúres señor,
cachaza don Juan, cachaza,
sinó espantarás la caza
y será mucho peor.

FELIPE IV Nadie: sin duda Jimena
que aun no vine pensará.

ROSQUET. Yá mi amor en danza está Aparte.
desde la primera escena.

D. JUAN. Rosquete.

ROSQUET. Qué és lo que pasa...?

D. JUAN. No alcanzas como yó á ver
una forma de muger
en el portal de la casa...?

ESCENA VIII.

Dichos y ELVIRA por la casa.

ELVIRA. Qué oscuridad...! No comprendo
Desde la puerta de la casa.
éste capricho de Aurora:
bajar al jardin ahora...?
ROSQUET. Vá la comedia creciendo!
Yá verás que bien concuerda,
salen, de cintura estrecha
el galán por la derecha
y la dama por la izquierda.
FELIPE IV Siento ruido.
ELVIRA. ¡Oh Dios, un bulto!
Que se habrá ido acercando al cenador y reparando en D. Félix.
FELIPE IV Aurora...! Acercándose.
ELVIRA. ¡Cielos, un hombre!
D. JUAN. La infiel cambió hasta de nombre. Aparte.
FELIPE IV No os ofendais porque oculto
en ésta espesa enramada
espiaba la ocasion
que ansiaba mi corazon
desque en él estais grabada.
Habláros solo es mi anhelo
Aurora, sin recelar
que nos puedan escuchar.
ROSQUET. Pues la ocasion, viene á pelo.
ELVIRA. Quién sois? Yó no estoy en mí!
Alejaos por favor,
perjudicais á mi honor
si os hallan conmigo aquí.
FELIPE IV Nada temais: si importuno
alguno hasta aquí llegára
por cierto que le pesára.
ROSQUET. Señor que tú no eres uno. Cojiéndose á él.
D. JUAN. Déjame!
ROSQUET. Dejarte yó?
ELVIRA. Vinísteis equivocado,
por otra me habeis tomado.
FELIPE IV No os llamáis Aurora?
D. JUAN. Nó;
Saliendo del cenador resueltamente y embozado.
que si Circe engañadora
ya á no ser Aurora aspira,
toma su nombre de Elvira
por el fingido de Aurora.
ELVIRA. Cielo santo..!

FELIPE IV — Un embozado!
D. JUAN. — Un importuno llamásteis...?
ya con uno tropezásteis.
ROSQUET. — Veo el final complicado.
FELIPE IV — Respuesta dará mi acero
á tanta audacia. Riñendo con D. Juan.
ELVIRA. — Oh...! tened...!
D. JUAN. — Apartad.
ELVIRA. — Escuchad, ved...!
Separadlos caballero. A Rosquete.
ROSQUET. — Caballero...? bien se vé
Completamente embozado.
que á oscuras me desconoces.
ELVIRA. — Cesad ó llamaré.
ROSQUET. — Voces ..?
bien mirado para qué?
ELVIRA. — Y eso decís...? por favor. Llamando.
Socorro...! socorro...!
ROSQUET. — En gringo.
ELVIRA. — Luz en el portal distingo.
D. PEDRO. — Hácia aquí suena el rumor. Dentro.

ESCENA XIV.

Dichos y DON PEDRO, AURORA, JIMENA y criados que salen de la casa con luces.

D. JUAN. — De los dos, uno. Riñendo aun.
FELIPE IV — Es de ley.
D. PEDRO. — Luces...! Saliendo.
AURORA. — Jimena! Ramiro!
Saliendo con los criados.
D. PEDRO. — Hija mia! Corriendo hácia Elvira.
Oh Dios...! qué miro!
Reconociendo á Don Félix al que riñendo se le habrá caido el embozo.
El rey...!
D. JUAN. — Cielos...!
Dejando caer la espada y huyendo con Rosquete por la puerta derecha.
ELVIRA. — Ah!
Desmayándose en brazos de D. Pedro.
JIMENA. — El...
AURORA. — El rey...!
Cubriéndose la cara con un pañuelo.=Cuadro.=Cae rápidamente el telon.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA.

JORNADA TERCERA.

Sala adornada al gusto de la época: puerta al foro, otra idem á la izquierda en primer término y un balcon á la derecha.

ESCENA I.

DON PEDRO y DON DIEGO.

D. DIE. Tranquilizáos don Pedro, vuestra hija
mas aliviada está y en breve espero,
pues tengo como vos el alma fija
en ella sola hoy, ser yo el primero
que os saque de una angustia tan prolija
la calma devolviéndoos por entero;
porque, ¿qué dicha habrá que mas os cuadre
que mirar buena á Elvira?

D. PED. Soy su padre.
Pocos años contáis y en vuestro pecho
no ha germinado aun éste amor santo,
que al sentirlo, cual yó, viendo en el lecho
al sér de nuestro sér que se ama tanto,
nó sosegárais y pedazos hecho
el corazon sintiérais con su llanto,
teniendo en su dolor el vuestro fijo:
qué dolor no se sufre por un hijo.

D. DIE. No os alteréis, que la salud de Elvira
ya no ofrece don Pedro gran cuidado,
seis dias hacen hoy que no delira
y al mirarla el doctor en tal estado

dispuso como ayer, viendo no inspira
su dolencia temor, que hasta el estrado,
si acaso de su gusto aquesto era,
cuando quisiere á su placer saliera.

D. PED. Tarde se aleja el mal y pronto viene.

D. DIE. Del cruel incidente hablar hoy siento
al que en él solo el pensamiento tiene,
mas con el rey estando en su aposento,
(y eso que hablar en ésto mal se aviene,)
me dijo, «buen don Diego, encantamento
obra sin duda por lo que se entiende
en ese hombre, galan, fantasma ó duende.
Desde la noche aquella, en vano, en vano
para poder hallarle, diligente
la ronda le buscó.»

D. PED. Y en vuestra mano
le tuvísteis.

D. DIE. ¡Oh sí, pero impaciente
«creyendo en gran peligro al soberano
franco le dejé el paso, y prontamente
corrí al jardin, dejé la entrada,
y encontré á doña Elvira desmayada.

D. PED. Solo Dios sabe bien y él es testigo
de los fieros afectos que batallan
dentro en mi pecho, desde que enemigo
del todo me fué el hado, y mal se acallan
las penas del honor.

D. DIE. Pronto me obligo
la dicha á devolveros.

D. PED. No se hallan
tan propicios don Diego, á lo que entiendo,
los remedios al mal que estoy sufriendo.

D. DIE. No así desconfiéis ; vóime á palacio,
que en la cámara real saber espero
lo que ocurrido hubiere.

D. PED. Andad despacio,
pues nadie de esto que se entere quiero,
no llevéis mi deshonra aquel espacio
siendo de vuestro mal el mensagero.

D. DIE. Como sabeis señor, por doña Elvira
mi jóven corazon tierno suspira
y á dar no fuera yó en tales regiones
paso tan imprudente. Aclarar debo
si el monarca me pide esplicaciones,
el trueque del jardin, este plan llevo.

D. PED. La vida me daréis.

D. DIE. Mis intenciones
bien las sabeis

D. PED. Sí, sí; gracias mancebo.

D. DIE. Adios quedad señor, si algo me tardo

es que el rey me detiene.
D. PED. Aquí os aguardo.

Vàse D. Diego por el foro derecha despues de haber estrechado la mano de D. Pedro afectuosamente.

ESCENA II.

DON PEDRO, solo.

Brota del corazon y nó escondida
á ceniza reduzcas con tu llama
duda cruel que mi vejez infama,
la honradez que en él siempre hubo esculpida.
Dá luz á la verdad y desmentida
devuelve á mi blason su limpia fama
por si algun impostor hoy le disfama
viéndome muerto estár aunque con vida.
En la noche que sufro de amargura,
tu esplendorosa luz la sombra ahuyente
de la calumnia vil siempre perjura
que trata de empañar mi pura frente:
tu cárcel rompe y mis dolores cura
ó abrásame en tu fuego prontamente.

Vàse por la puerta izquierda.

ESCENA III.

JIMENA y ROSQUETE por el foro derecha. Rosquete sale disfrazado de demandadero de monjas, trae un rosario grande en el cinto y anteojos, y trata de imitar en toda la escena á un hombre sexagenario.

JIM. Que se cansa, le advierto inútilmente,
mi señora no está.
ROS. No se impaciente
pues yá mas de una vez tengo esperado.
JIM. Es que no puedo yó....
ROS. Pierda cuidado
hermanita que aquesto me moleste:
mi empleo, por mi mal siempre fué este.
JIM. Bien, pero qué quereis?
ROS. Ver á tu ama.
JIM. Cómo, ucé la conoce?
ROS. Sí, de fama.
Ocupado en los santos ejercicios
de ayunos, rezos, misas y cilícios,
poco pude saber de lo que pasa,
(ni me incumbe tampoco) en esta casa.

Mas el diablo... ¡Jesus, Dios me perdone!
Santiguándose.
que siempre en lenguas las virtudes pone,
á los creyentes que no dudan nada
dice que tu ama está maleficiada.

JIM. ¡Dios eterno!

ROS. Su gracia solo evoco;
y aun añade que á tí te falta poco.

JIM. Vírgen de las Angustias, yo estoy muerta!

ROS. Puede que la noticia no sea cierta.
Por el pronto, á mi ver, es necesario,
si es que vestir no quieres el sudario,
(traje que al mas valiente le acobarda),
ó la coroza que el tribunal guarda;
que á Luzbel digas bajo juramento,
(para poder librarte del tormento)
ó á su representante que es quien miras...!

JIM. Será cierto? Favor!
Gritando y queriendo huir.

ROS. Chito, ó espiras!
Con voz amenazadora.
No á su infernal poder te muestres fosca,
que él te puede volver lombriz ó mosca!!!

JIM. Por compasion! Temblando.

ROS. No tiembles inocente,
el demonio es señor muy complaciente.

JIM. Y qué quiere de mí?

ROS. Quién el demonio?
poca cosa, no busca matrimonio
pues aun no halló mujer que le convenga.
Solo desea pues, cuidado tenga,
hágase cargo del recado hermana
y nó á ofenderse vaya casquivana,
que servir al demonio ó ser tercera
cosas son ambas que honran á cualquiera.
Como dije, desea que callada
quince dias estés.

JIM. Sin hablar?

ROS. Nada.

JIM. Y ni aun rezar podré?

ROS. Sí, mentalmente,
que éste diablo, aunque diablo, es penitente.

JIM. Y si alguno, señor, hablar me hiciera?

ROS. Del santo tribunal vás á la hoguera
sin que te valgan vanos privilegios,
al decir mi señor los sortilegios
que te unieron á él.

JIM. Jesús me valga!
¿Que yó hablé con Luzbel?

ROS. Y que ahora salga
con eso hermana, por quien soy me choca.
Tiene gran voluntad, memoria poca.
Pronto, muy pronto, por desgracia olvida
la cita del jardin, donde su vida
espuso el rey.
JIM. Qué oigo, San Pablo?
El que con él riñó..?
ROS. Toma, era el diablo!
Yá ves tú, si el monarca á saber llega
quien la motora fué de la refriega...
JIM. Muda le juro ser, cuente conmigo.
ROS. Y eso te salvará de el enemigo.
Pero ahora, á mas del juramento, en prenda,
si es que no quieres darlos como ofrenda
por haberte salvado, los doblones
me entregarás que en tantas ocasiones
atrapar has sabido á tu alvedrío;
con que apronta la bolsa, y al avío.
Yá que te tiende hoy su mano amiga,
dá lo que él pide y haz lo que él te diga.
Lo que aquí me entregáres, diligente
yó á llevárselo iré, y con voz doliente
le haré ver que yá estás arrepentida
de todo el mal que hiciste, en mí descuida.
Mas otro asunto mi atencion reclama;
quiero hablar ahora mismo con tu ama.
JIM. Voy al momento.
ROS. Lo que hicieres mira!
JIM. Descuidad, nó hablaré.
ROS. Que doña Elvira
no se vaya á enterar de lo que hablamos.
De paso, por si nó nos encontramos,
ahorrativa y prudente camarera
el traerte la bolsa bueno fuera,
y espiando el más leve descuidillo...
me la puedes largar de tapadillo.
JIM. Como dice lo haré.
ROS. Vaya y no tema,
que yá escapó doncella de la quema

Vase Jimena por la puerta izquierda.

ESCENA IV.

ROSQUETE solo, andando resueltamente por la escena despues que desaparece Jimena.

No marcha el embrollo mal;
no me abandones ingénio

y al traste dés con la farsa
de un atrevido escudero
que por ayudar á su amo
abandonó los gregüescos.
Como sobre mis costillas
no tenga fin el enredo,
todo vá bien, lo demás
don Juan sabrá salir de ello.
Vámos, parece mentira,
la estoy viendo y nó lo creo,
mi señor acostumbrado
desde que nos conocemos
á todas estas trifulcas,
á todos éstos enredos,
cambiarse así de repente?
humillarse hasta el estremo,
de querer ver á la ingrata,
de hablarla de... no hay remedio,
las mujeres son capaces
de hacer del hombre un cordero,
y gracias que en ésto paren...
Mas no es lo peor del cuento
que mi señor se contágie;
sinó que yó al ver su ejemplo
mañana... pero qué digo?
Hijas de Eva, *vade retro*
per sécula seculorum,
si os hé visto, no me acuerdo.
Siento ruido, á mi papel;
argucia á tu amparo apelo:
si de ésta con bien escapo
no emborracharme prometo.

ESCENA V.

Dicho: AURORA y JIMENA que salen por la izquierda.

AURORA. Sois vos anciano el que quiere
hablar á solas conmigo?
ROSQUET. No es doña Elvira! pues digo Aparte.
para fiarse en...—Si fuere
Fingiendo como en la escena tercera,
de tal monta mi exigencia
que ella os prive en esta hora
de otros asuntos señora,
volveré y tendré paciencia.
AURORA. Tiempo tengo de escucharos
y á que deis principio espero.

ROSQUET. Mi plan de esta, salió huero. Aparte.
No quisiera molestaros...
AURORA. Sal, Jimena. Indicándola la puerta de foro.
ROSQUET. Es mucho cuento.
Tosiendo con trabajo y apartándose á un lado.
mejor es un tabardillo
que esta tos.— Traes el bolsillo?
Bajo á Jimena.
JIMENA. Aquí está.
Entregándosele sin que lo vea Aurora y váse.
AURORA. Tomad asiento.
Indicándole un sitial.

ESCENA VI.

Dichos: menos JIMENA.

ROSQUET. Muchas gracias, es ligera
Se sienta y deja de toser.
si no, cuando me acomete!
(Sal de esta amigo Rosquete).
Que oigais con calma quisiera
lo que á preguntáros voy,
mi intencion no es ofenderos,
pero señora, aquí al veros
una duda por quien soy,
me atormenta y os confieso....
AURORA. Una duda? Y bien, hablad.
ROSQUET. Será efecto de mi edad,
soy tan viejo, estoy sin seso.
AURORA. Bien, pero decid?
ROSQUET. No pasa
de ser un error de vista.
AURORA. El qué?
ROSQUET. Que se me resista
el creer que de esta casa
seais la dueña.
AURORA. No sé...!
Lo sabe todo Madrid!
ROSQUET. Sí señora, ahí está el quid
y él... Jesús, María y José!
Volviendo á toser.
Maldita tos, nada valgo.
Muy mal las señas me dieron
y á publicar me expusieron
un secreto.... (De esta salgo
con la mía, si declara
quién és la fingida Elvira).

AURORA. (Dudo qué pensar; me inspira
algun temor esta rara
conferencia).-
ROSQUET. Francamente,
no sois la que...?
AURORA. No os comprendo.
ROSQUET. Váisme en cuidado poniendo
con negarme inútilmente...
callaré, mi comision
á hacer bien se reducía,
hice cuanto hacer debía...
Si hubo una equivocacion...!
AURORA. Bien, pero sabeis el nombre
de esa afortunada dama
que buscais...?
ROSQUET. Cómo se llama?
lo ignoro, mas nó os asombre
que yo no sepa... es galan
cual ninguno reservado...
AURORA. El que el encargo os há dado
de hallarla en mi casa?
ROSQUET. Iman
debe tener el tal mozo.
Cuando galan escuchásteis
parece que recordásteis...
Hablad, hablad sin rebozo,
no es este oficio en mí nuevo
y al mas fiel no rindo párias,
desque entré en las Trinitarias
yo soy quien traigo y quien llevo.
Nádie de mí desconfía,
si á desconfiar llegáran
las madres, nó, no encontráran
otro tan... Hui! qué agonía! Tose.
cuando asoma, Dios clemente!—
—Pero os sigo molestando
y á mí me estará aguardando
el galan harto impaciente.
AURORA. Qué! en el convento está?
ROSQUET. Toma!
allí se entró sin malicia
huyendo de la justicia
que anda revolviendo á Roma
con Santiago para hallarle!
AURORA. Cómo! Qué decís?
ROSQUET. Lo cierto
AURORA. Está solo?
ROSQUET. Y encubierto.
Aun no pude yo pillarle
descuidado vez alguna:

siempre le guarda el embozo.
AURORA. Su porte és?
ROSQUET. De noble mozo.
AURORA. Insignias lleva?
ROSQUET. Ninguna.
AURORA. Sú nombre os dijo?
ROSQUET. No á fé.
AURORA. Ni lo inquirísteis?
ROSQUET. Tampoco.
AURORA. Con vos habló largo?
ROSQUET. Poco.
AURORA. Vino de Flandes?
ROSQUET. No sé.
AURORA. Y espera?
ROSQUET. Cómo partir.
AURORA. Del convento?
ROSQUET A otro escondrijo.
AURORA. Y cuando?
ROSQUET. No me lo dijo.
AURORA. La verdad.
ROSQUET No sé mentir.—
Y á Dios quedad, mi mision Se levanta.
hé cumplido á lo que veo.
AURORA. No del todo, segun creo.
Muy árdua es la comision
que traédes para así
marcháros.
ROSQUET. Cómo?
AURORA. Sentáos
y del todo sosegáos
porque ahora me toca á mí.
ROSQUET. Os escucho. Volviéndose á sentar.
AURORA En vano espero
por vos, cual pude entender,
claro en este asunto ver
por mas que ver claro quiero.
Y no es un asunto tan...
(segun pienso) complicado,
para no dar de contado
con ese duende galan.
Fáltame la sutileza
para ésto de adivinar,
lo confieso á mi pesar,
y así, hablemos con franqueza,
Tal vez nos entenderémos
por este medio mejor,
si es que me hacéis el favor
que de éste modo tratemos.—
No soy yó por quien venís
aunque ser muy bien pudiera...

ROSQUET. (Caiste en la ratonera,)
De veras? Con gazmoñería.
AURORA. Como lo ois.
Pues de tal modo obsequiadas
esa dama y yó nos vemos,
que ámbas á dos no sabemos
si de uno somos amadas.
Ella se guarda de mi
yó á mi vez me guardo de ella,
y en tan contínua querella,
en tan loco frenesí,
amigas, no nos hablamos,
bajo de un techo vivimos
y nunca de lo que fuimos
celosas nos acordamos.
Ese hombre la causa és
de este mal que nos aqueja,
ese hombre, que á nuestra reja
mostrando igual interés
solícito noche y dia
llega, y nos habla de amor,
sin obtener un favor
de ninguna todavía.
Con Elvira hoy quiere hablar
y mañana con Aurora,
lindo don Diego, enamora
á dos damas á la par.
Algun fin ha de tener
tanto rondar y gemir
y así, le habréis de decir,
que en claro venga á poner
ante las dos su pasion,
que á médias no le queremos
y que ésto acordado habemos
por toda contestacion.
ROSQUET. Como vos me lo decís
diréselo al embozado,
y diréselo atufado.
Pues és un grano de anis!
No tiene perdon de Dios!
Que una quiera á dos, no es cosa;
hay tanta lividinosa!
Pero que uno engañe á dos...?
Solo entre gente ruín
es disculpable ese trato;
si eso lo sé yó hace un rato
no doy á su encargo fin.
Entre mugeres metido
toda mi vida, me irrita
cuando alguno solicita

con un cariño fingido,
burlarse inhumanamente
de un sexo tan desgraciado
de nuestro cuerpo formado
para amarle tiernamente.
Mas señora, hay hombre yá
de tan mala condicion,
que sin pizca de aprension
corrompen (vergüenza dá),
las almas mas candorosas
con sus citas, sus empeños,
y cuando son de ellas dueños...!
Qué de cosas, qué de cosas
os pudiera yó contar...!
Pero no es este momento... Levantándose.
pues pueden en el convento
tal vez mi falta notar.
Os dejo señora y ved
si tenéis mas que añadir.

AURORA. Que puede hoy mismo venir,
y harános mucha merced,
le diréis al embozado.

ROSQUET. Vendrá en esta misma tarde,
descuidad.

AURORA. El cielo os guarde. Despidiéndole.

ROSQUET. Rosquete, bien te has portado. Aparte.
Váse por el foro derecha.

ESCENA VII.

AURORA sola.

En gran confusion estoy
y en dos mil dudas me pierdo.
El rey don Félix...! cuán loca
su amor mentido creyendo
ésta casa abandonaba
víctima de un lazo artero.
Será el mensage de el rey?
Quién sabe? ¿por ésto medio
tratará de averiguar
de el galan el paradero
cómplice haciéndome, ay triste!
que sabe Dios cuánto anhelo
desvanecer las tinieblas
de éste encontrado suceso?
Pero nó, vana quimera,
ese hombre, sí, es lo mas cierto,
vino por mandato solo

de el atrevido mancebo
que en mi jardin con el rey
cruzó valiente el acero
y despues huyó, dejando
tras de sí en tan corto tiempo,
ira, pena, sobresalto,
angustia, llantos y celos.
Ah! quiera el cielo, así sea,
y de éste modo saldremos
de éstas dudas, de éstas ánsias,
de éstos dolores acerbos,
de éstas contínuas congojas,
de éstos reñidos afectos,
que solo aquel que los sufre
sabe la intensidad de ellos.

ESCENA VIII.

Dicha: ELVIRA y DON PEDRO que salen por la izquierda.

D. PEDRO. Aquí tienes á tu amiga. A Elvira.
AURORA. Elvira! Mucho me alegro
Corriendo á recibirla.
de veros tan animada
llegar hasta este aposento.
Mejor os sentís?
ELVIRA. Mejor.
AURORA. Vuestro semblante halagüeño
así lo publica.
ELVIRA. Sí?
AURORA. No es verdad, señor don Pedro?
ELVIRA. Ya era tiempo amiga mia,
ya, mi enfermera, era tiempo
de devolveros la calma,
la tranquilidad.
AURORA. Comprendo.
Queréis dejarme yá sola?
abandonarme, nó es ésto?
D. PEDRO. Vuestra escesiva bondad,
señora, de todo encarecimiento
digna; á mi ver, es la que hoy...
AURORA. Más de este asunto no hablemos.
Restablecida del todo
aun no está Elvira, y yó quiero
buena del todo mirarla
tranquila, felíz y luego
podrá dejar mi morada
yó no pondré impedimento;

ántes sí, pues yá que en ella
su mal halló en breve espero
que en ella, el mal que la aqueja
halle un radical remedio
sirviéndome á mí de mucho
acaso el medicamento.

ELVIRA. Qué dices amiga mia?

D. PEDRO. Hablad, hablad, si es que debo...

AURORA. Estéril de todo punto
es la ciencia al dolor nuestro;
á un hombre solo le es dado
hoy la salud devolvernos
y ese hombre vendrá aquí en breve
si es noble, y es caballero.

D. PEDRO. Cómo, el rey...?

AURORA. Nó, no es el rey
á quien aguardo.

D. PEDRO. Al mancebo
que con él riñó?

AURORA. Tal vez:
há poco, el demandadero
de las monjas Trinitarias
solicitó con misterio
hablarme, habléle y me dijo,
que huyendo entró en el convento
y embozado hasta los ojos
la noche de nuestro duelo,
un galan de noble traza
el que, con grande secreto,
aquí le mandaba á ver...

D. PEDRO. A quién?

AURORA. A Elvira.

ELVIRA. A mí, cielos!

D. PEDRO. A mi hija?

AURORA. En un principio
desconfié de ser cierto
lo que decía, y traté,
con reserva por supuesto,
de hacerle hablar claramente,
pero vano fué mi empeño.
Viendo ésto pues, con franqueza
díjele, sin mas rodeos
no ser yo la que buscaba;
dudó un poco, pero luego
yá convencido del todo,
prometióme que al momento
vendría ese galan duende
empeñándose él en ello.
Fuése, dejóme, llegásteis
y aquí se acabó mi cuento.

D. PEDRO. Y vós creeis que vendrá?
AURORA. Yó al menos así lo espero,
licencia habiéndole dado.
D. PEDRO. Aurora, que os oiga el cielo!
Elvira, hija mia, habla;
si encierras dentro del pecho
algun misterioso amor,
que me lo digas deseo;
no soy un padre tirano,
bien sabes cuanto te quiero.
ELVIRA. Tranquilo vivid señor;
nada se encierra aquí dentro
que ignoreis vos, padre amado,
vos, mi amparo, mi consuelo.
Hoy nadie ronda mis rejas,
hoy nadie turba mis sueños,
nadie se acuerda de mí,
ni yó de nadie me acuerdo.
Bien puede un galan cualquiera
encenderse en vivo fuego
de amor por mí, y pretender,
tal vez demasiado nécio,
visible hacer su persona
con estudiados estremos.
Y al punto os convenceréis
padre mio, si cual creo
ese hombre que llamó Aurora,
y que á solas hablar quiero
á venir llega.
D. PEDRO. Qué dices?
desecha tan loco empeño.
ELVIRA. Por mi salud no temais,
del todo buena me siento.

ESCENA IX.

Dichos y JIMENA por el foro apresuradamente.

JIMENA. ¡Señora, señora! ay Dios,
ni casi articular puedo!
Abajo hay dos embozados
que pretenden con empeño
entrar al punto.
AURORA. Dos?
JIMENA. Dos.
Y el uno de ellos, qué genio!
ni aun anunciarse dejaba,
y si la puerta no cierro
tras de mí sube.

AURORA. No hay duda,
él es. A D. Pedro Por qué tiemblas? A Jimen.
JIMENA. Tiemblo
porque señora, presumo
que no traerán nada bueno
los dos embozados.
AURORA. Basta:
á abrir baja, y á uno de ellos
le conduce aquí.
JIMENA. Señora...
AURORA. Obedece. Imperiosamente.
JIMENA. Os obedezco.
(Con tanta entrada y salida
en qué vendrá á parar ésto?) Váse.

ESCENA X.

Dichos: menos JIMENA.

ELVIRA. En esa estancia vecina
A D. Pedro señalando la puerta izquierda.
entrad señor un momento
de donde podeis oir
lo que aquí se hablare.
D. PEDRO. Entro
mi Elvira, pues tú lo quieres,
mas dudo poder ser dueño
de mí, si torpe su labio
audaz entráre vertiendo
injúrias contra mi honor.
ELVIRA. No entreis con ese recelo;
no me olvidé de quien soy,
el nombre ilustre que llevo;
y nunca á tolerar fuera
ni el agravio mas pequeño.
Váse Don Pedro por la puerta izquierda.
AURORA. En vuestras manos Elvira
mi suerte, mi dicha dejo.
ELVIRA. Más que mi propia salud
la vuestra amiga deseo.
AURORA. Serenidad, no afligiros,
no vaya don Pedro á veros.
Siento pasos, él se acerca.
Váse por la puerta izquierda.
ELVIRA. Dadme fuerzas Dios eterno!

ESCENA XI.

ELVIRA y DON JUAN que sale por el foro derecha embozado.

D. JUAN. Perdonad si un tanto osado
señora, en este momento
traspaso vuestro aposento
como me véis embozado.
No por esto os enojeis;
con precaucion vivir debo,
que no es para mí ya nuevo,
y vos muy bien lo sabeis,
tras de un peligro correr
á otro peligro mayor
cuando en alas del amor
presuroso os vengo á ver.

ELVIRA. Desde luego presumí, Fingiendo serenidad.
y acerté en mi presuncion,
que por toda precaucion,
os recatáseis de mí.
Procedísteis cuerdamente,
mejor de esa suerte estáis,
os ruego no os descubráis;
soy dama muy indulgente.
De ese modo vuestro afan
podréis decirme mas claro;
hablad, hablad sin reparo.

D. JUAN. Mirad. Desembozándose.

ELVIRA. Ah! don Juan.

Sosteniéndose en una silla que habrá cerca.

D. PEDRO. Don Juan.

En el cuarto de la izquierda.

D. JUAN. No la disculpa penséis
os ruego á mi vez agora,
que al disculparos señora,
aun dudar doble me haréis.
Y no creais aquí al verme,
que entre amorosos suspiros
vengo celoso á pediros...
lo que no podeis volverme.
A tanto mi afan no alcanza
y nécio fuera á mi ver,
pues al pronunciar muger
»se empieza á decir mudanza.«
A Flandes, sábelo Dios,
por vos señora partí,
llevando grabada en mí

la imágen que adoré en vos.
Compañera fiel, querida,
del combate entre el estruendo
la muerte cercana viendo
fué la que amparó mi vida.
Y entre el bélico rumor
que anunciaba la victoria,
verla solo era mi gloria
risueña dándome amor.
Y si en las horas de calma
sufría mil sinsabores,
mitigaba mis dolores
siendo el alma de mi alma.
Mas para mi desventura
audaz me la robó el mar,
al ir su centro á cruzar,
celoso de mi ventura.
Con amoroso estravío
busquéla desalentado...
inútil fué mi cuidado,
quedóse en su centro frio.
A Madrid llegué por fin
tras de jornada no escasa,
rondé de noche su casa
y hallé un hombre en su jardin.
Cual cumple á los de mi grey
su continente al ver fiero,
crucé con él el acero,
se descubrió y era el rey.
No el lance me maravilla
que en punto á achaques de amor,
don Felipe es el mejor...
galan de la heróica villa.
En algo se ha de ocupar
nuestro monarca erudito
dejando á su favorito
la carga de gobernar.
Diviértese á su placer,
y si licencioso anda
nació soberano, y manda;
debémosle obedecer.
Harto su rango le abona,
¿qué dama se muestra airada
viéndose de un rey amada?
¡Brilla tanto una corona...!

ELVIRA. Basta don Juan, si hasta aquí
tranquila pude escucharos,
voy cual debo á contestaros
ya que es fuerza hacerlo así.
La que altos blasones goza

conservar sabe su fama
y mucho mas si se llama
doña Elvira de Mendoza.
Esto tenedlo entendido
señor don Juan de Alvarado,
y yá que audaz hais andado
dando quien sois al olvido,
á quien ofendeis mirad
con vuestros celos demente;
pues si alguna muger miente,
»veinte mil tratan verdad.» (1)
No al escucharme creáis
que trato de disculparme;
voy solo á justificarme.

D. JUAN. Dudo que lo consigais.

ESCENA XII.

Dichos: AURORA y D. PEDRO que salen por la izquierda.

AURORA. Don Juan, yá que Elvira no,
pues ignorais lo pasado,
llenando un deber sagrado
la que debe hablar soy yó.

D. JUAN. Qué véo, don Pedro! Reparando en él.

D. PEDRO. Sí;
don Pedro que os expiaba
y que de encontrar acaba
su ventura oculto allí. Señalando la izquierda.

ESCENA XIII.

Dichos: ROSQUETE y JIMENA por el foro apresuradamente.

JIMENA. Señora. A Aurora.

ROSQUET. Señor. A Don Juan.

D. JUAN. Qué pasa?

AURORA. Qué ocurre?

ROSQUET. Llama á canillas;
mas de doscientos golillas
están cercando la casa.

AURORA. Qué escucho?

ELVIRA. Cielos!

D. PEDRO. Aurora;
no temais, que esta morada
será cual vos respetada;
dejadlos que entren señora.

(1) El Premio del bien hablar, comedia de Lope de Vega.

ROSQUET. Qué aguardas señor?
D. JUAN. Aguardo,
ver mi muerte.
D. PEDRO. Yo con vida
prometo daros salida.
ROSQUET. Mira no te dé petardo. A Don Juan.
D. PEDRO. Deponed vuestra afliccion, A Aurora.
todo en breve lo sabrémos
y de cuidados saldrémos.
D. DIEGO. Yo traigo esa comision. Saliendo.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos y DON DIEGO por el foro derecha con una espada desenvainada en la mano y un pliego cerrado.

D. DIEGO. De el rey, tomad: vos don Juan
Entrega el pliego á Aurora el que lée para sí.
libre estais, que el soberano
al descubrir este arcano
perdonó vuestro desman.
Ordenes trage al intento
para el juez que os aguardaba
y que de marcharse acaba
en este mismo momento.
Hasta hoy el rey ignoró
que en el jardin el acero
dejásteis, violo y ligero
vuestro escudo en él halló.
Tomad don Juan, que si hoy
venisme á Elvira á quitar
yo nunca podré olvidar
que vuestro pariente soy.
Don Juan toma su espada y abraza á don Diego.
AURORA. Ap. á D. Juan. D. Juan, si aun dudando estais
repasad este papel Dándole el pliego.
y claro hallaréis en él
lo que tanto deseais.
D. JUAN. Tomándolo y leyendo aparte.
Hermosa Aurora: Como D. Félix de Aguilar entré una noche en vuestro jardin y del salí como quien soy: siendo bien fácil que esto llegue á divulgarse por la villa, con perjuicio de vuestra buena fama y la mia, comprometiendo al propio tiempo el esclarecido nombre de doña Elvira de Mendoza, que en aquella noche aciaga á Dios le plugo colocar entre nosotros,

creo conveniente abandoneis la córte por
algunos dias. No lo atribuyais ésto á des-
tierro; és solo un consejo de vuestro buen
amigo: FÉLIX DE AGUILAR.

AURORA. Ahora comprendeis?

D. JUAN. Comprendo,
viendo el error en qué estaba.

D. PEDRO. Y en qué, decid, se fundaba?

AURORA. Es bien claro á lo que entiendo.
Cuando don Juan se partió
en esta casa vivía
Elvira, y como solía
en cuanto á Madrid llegó
vino á esta casa anhelante
fiado en su buena estrella,
creyendo encontrar en ella
á su Elvira siempre amante.
Rondó á deshora la calle,
halló á un hombre en el jardin...
¿Qué mucho señor en fin
que la duda un puesto halle
en un corazon herido
solo para amar formado?
A tiempo desengañado A Elvira.
vuelve á amaros mas rendido.
Celar sin saber á quien,
fué de don Juan el error.

D. JUAN. Vendado pintan amor...

ELVIRA. Con venda y todo él vé bien.

AURORA. Cojiéndoles las manos y uniéndoselas.
(Felices ámbos.) Mañana
dejo la córte.

ELVIRA. Os marchais?

D. PEDRO. Cómo, nos abandonais?

AURORA. Solo por esta semana.
(Para siempre.)

JIMENA. Oyes? A Rosquete.

ROSQUET. Presumo
lo que decirme querrás,
pero amiga muy mal vas;
por mi parte la del humo.

JIMENA. Este es tu postrer requiebro?

ROSQUET. Y con este los agoto;
de castidad hice voto
y si me caso lo quiebro.
Aun tienes buen parecer...
pero desde luego digo
que aquel que cargue contigo....
ya tiene el pobre que hacer.
Pon á tu boca un candado La impide que hable.

y deja el asunto así,
que voy á implorar aquí
gracia, para un desgraciado. Al público.
Al subir, en la escalera
oliendo á juncia y clavel
dióme un hombre este papel
para que aquí lo leyera.
»Novel autor, hoy me asedia Lée
un pensamiento tremendo:
público, saber pretendo
si te gustó mi comedia.»
Ucedes ya oyeron ésto Representando.
pide una contestacion.
¿Antes que baje el telon,
público, qué le contesto?

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada, con las supresiones hechas en las escenas 3.ª del primer acto, 3.ª del segundo y 5.ª del tercero.

Madrid 30 de Diciembre de 1861.

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

Quedan hechas las supresiones marcadas por la censura.

El autor.

Puntos de venta.

En Madrid. Librería de Don José Cuesta, calle Mayor.

En provincias. En todas las principales librerías.